

## FRIVOLIDADES TRANSCENDENTALES

Apenas terminada en el Ateneo Albacetense la discusión feminista organizada por la asociación de alumnos de esta normal, la Asociación Católica de la mujer, de esta ciudad, ha celebrado una asamblea, en la cual han intervenido distinguidas figuras del feminismo actual. El acto, orientado y encauzado por personalidades eclesiásticas, ha estado animado por una numerosa y entusiasta concurrencia.

El programa de esta asamblea era extenso, pero creo que no es aventurada la creencia de que el motivo principal de las reuniones y el punto en el que han culminado el interés y el entusiasmo ha sido la necesidad de una organización femenina electoral, la constitución de censos electorales femeninos y la formación de Asociaciones de propaganda e instrucción electoral; es decir, la organización del «partido» para la lucha electoral.

Los periódicos de estos días nos han hablado de actos análogos realizados en Oviedo, en Jaén, en Zamora y en Orihuela por entidades semejantes y con iguales patrocinios.

\* \* \*

Esto es el feminismo que avanza y asciende; aquel feminismo que llegó a España hace pocos años y que como llevaba marchamo extranjero—made in England,—adquirió enseguida la categoría de «problema», se dió por nuevo y por salvador, se planteó en todos los programas políticos, en todas las tertulias y en todos los hogares y se le hizo condición indispensable a todo buen gusto, a toda elegancia espiritual.

Es un fenómeno curioso el de la adaptación, propagación y crecimiento en España de este feminismo. Así cuando se ha presentado como feminismo «a secas», como cuando ha tomado las posturas de sufragismo, masculinismo, solterismo, asexualismo, etc., ha conservado un marcadísimo carácter exótico, salvo en aquello que, de parte de los hombres, tiene de halago o de piropo.

Sin embargo, su triunfo es indiscutible. Las más distanciadas y opuestas ideologías han coincidido en él y por servirlo mejor se han provocado cuconadas competencias y rivalidades.

En el esfuerzo adulador de la mujer se ha hecho del feminismo una cuestión sentimental creyendo, sin duda, que haciendo de su causa un irredentismo se halagaba más a la mujer y se hacía más fácil su triunfo. Se ha llegado a presentar a la mujer española como víctima de toda clase de postergaciones y esclavitudes y se ha pedido para ella igual trato que para el hombre, en razón de tener la misma condición moral, intelectual y sensitiva.

Esto es desviar la cuestión y llevarla a la más extrema extravagancia. El irredentismo de la mujer española no está, salvo en algún aspecto del orden jurídico, en el trato de privilegio que el hombre recibe o se dá, sino en el estado de incultura—y en este punto también el hombre tiene su gran irredentismo—en que se la tiene a ella.

Hágase una mujer culta, pero no se trate de borrar las diferencias que marcó la Naturaleza. Póngasela en condiciones de llenar cumplidamente su misión, cuya sublimidad no tiene límites, pero no se intente sacarla del campo de acción que el Creador le señaló. No se trata de si tiene más o menos fuerza que el hombre. En cualquier caso, siempre hará un mal capitán de caballería, un mal minero y un mal magistrado.

Sacar a la mujer de su verdadero papel, que no está solamente en la cocina, pero que apenas sale de su casa, del hogar, es nada menos que atentar contra la vida de la especie. El día en que la mujer abandone el hogar y se eche a la calle como el hombre y cuando él, la familia correrá grave riesgo y con la familia, claro está, la especie humana. Hoy por hoy, al menos, no parece que se pueda esperar otro resultado.

Eduquese e instrúyase mucho a la mujer, pero no se le obligue a dejar de serlo, que en tanto que ella lo sea, y cuanto más mejor, no faltarán hombres que sean soldados, obreros y magistrados. Que ella sea mujer, que cuanto más lo sea, mayor será su participación en el gobierno de la sociedad, porque será más grande su influencia sobre todas las determinaciones del hombre, más fácilmente llegará a su corazón y por su corazón a su inteligencia y a su voluntad. Lo demás es ponerse frente al hombre en una lucha en que ambos han de perder, pero en la que ella entra derrotada.

La mujer podrá ser tan buen oficinista como el hombre, tan buena comerciante y tan buen médico, podrá tener tanta inteligencia y más que él, pero demostrará que tiene mucho talento, si derrochando las lisonjas, se queda en su hogar como madre de sus hijos, como esposa de su marido; en su hogar donde siempre ha sido, es probablemente, será insustituible, en donde tantos encantos y soberanías tiene y tantos medios de intervenir en el mejoramiento de la vida y en la gobernación del mundo.

El desarrollo del feminismo en España presenta caracteres un poco anómalos y curiosos, pero dejaremos estas consideraciones para otra ocasión, por que harían inaguantable este artículo.

PEDRO J. GÓRRIZ.



El tren se detuvo el tiempo reglamentario en el Escorial: minutos. Subieron a compartir el departamento en que iban Mercedes y sus hijos, un fraile agustino, que se acomodó sosegadamente en un rincón, dos señoras que antes de sentarse distribuyeron valijas y cestas por aquí y por allá, y un caballero muy arrebujaado en su manta de viaje, el cual, apenas se vió dentro, dejó caer en el diván, sin disimular un gesto de cansancio.

El fraile, que le observaba recogerse en su manta, sospechó que tenía por vecino un enfermo.

—Si le molesta a usted el aire de la noche, cerraré—dijole con deferencia, tomando el asidero del cristal...

No, señor, no. Al contrario: en un espacio reducido me ahogo. Muchas gracias de todos modos...

La voz del viajero, grave y desfallecida desperató a Mercedes, que dormitaba en otro rincón del coche.

A su lado y hombre con hombro, dormían sus hijos: una niña rubia, como de tres años de edad, y un varoncito mayor que su hermana. El chiquillo hubiera sido guapo a no afearle dos orejas enormes, dos monstruosas orejas que adheridas al rostro de una criatura alejaban toda idea de ridículo, inspirando más compasión que ganas de reír.

Desazonada por la voz del viajero enfermo, Mercedes no logró conciliar de nuevo el sueño. Se desesperaba su pensamiento en la quietud de las cosas exteriores, disponiéndose al árduo trabajo del recuerdo. No poseía otro indicio que el timbre de aquella voz, y su curiosidad en acecho rastreada datos, fechas nombres y circunstancias de su propia vida, como si la reconstrucción mental de lo pasado debiera procurarle lo que buscaba. La primera vez que miró soslayadamente al viajero solo acertó a distinguir sus ojos en la penumbra del coche: unos ojos negros, grandes, que lucían con el brillo de la calentura. Lo demás de su persona borrábase en el fondo del vagón.

En Valladolid bajaron las dos señoras, y el agustino se apeó en Medina. Iba la noche de vencida. Mercedes imaginó que la claridad del amanecer llegaba a la tierra con estudiado retraso, como si el cielo gozase en prolongar su inquietud. Por distraer su paciencia asomóse a la ventanilla, y el aire clemente de los campos castellanos le trajo un alivio, breve tregua para su zozobra.

Proseguía su pensamiento en la tenaz exploración de lo lejano, y entre tanto el día llegaba. Un amanecer campesino, sereno, alegre, cándido, co-

mo nos figuramos los primeros días de la creación. Volvió Mercedes recordando que el traqueteo del tren no le permitiría oír si se quejaban sus hijos, y al tiempo de volverse, su mirada afrontó la del viajero.

Ninguno de entrambos se cuidó de disimular su estupor. Ella, sentada, seguía escrutándole con embargada sorpresa. El púsose rápidamente en pie, dejó resbalar la manta que le cubría los hombros y se adelantó a saludarla.

—La he reconocido a usted al momento—dijole, trémulo de emoción, y le alargaba la diestra, que Mercedes estrechó cohibida.

—Y yo también a usted a pesar, de lo mudado que le noto. ¿Está usted enfermo, acaso?—preguntóle, con ingénuo solicitud.

Hubo un silencio, que Mercedes no se atrevió a quebrantar. El viajero se había sentado enfrente de ella y la miraba con infinita ternura, como se mira a las cosas queridas que nos han pertenecido.

—Me pregunta usted si estoy enfermo—repuso al cabo de un rat—, y francamente hablando, le diré que nó. Es un poco de debilidad que viene de la falta de apetito...

Y de la mala vida—interrumpió ella con jovialidad.

—Puede que tenga usted razón—se apresuró a contestar él, sin añadir palabra que atendiese a excusarle.—De todos modos, me curaré pronto. A mi edad se recobran las fuerzas fácilmente...

—Y ahora ¿va usted a San Sebastián?—interrogó Mercedes, interesada en que no rodase la conversación por el cauce de las intimidades...

Eso pensaba, pero los médicos me han impuesto otro viaje. Dicen que el clima de Panticosa es, hoy por hoy, el mejor tónico para mí. Y como estoy resuelto a ponerme bueno del todo, les obedezco.

Mientras él hablaba, hacia Mercedes un cotejo mental entre el Antonio Soria que ella había conocido y amado en otro tiempo y aquel pobre enfermo que con tanto brío expresaba su fé en la curación. ¡Qué mudanzas! De la juventud osada, de la impetuosa vehemencia, del calor generoso que fecundizó los grandes amores, no quedaba sino aquello: un ser enteco que pasea entre Niza y Panticosa su ciega obstinación por vivir.

Y le parecía mentira que a la vuelta de ocho años de separación hubiere dispuesto el azar aquel inopinado encuentro.

—Excúseme usted, Mercedes, si no le he pre-